



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

LA LOTERÍA



—¿Cuánto va á que no nos ha tocado á ninguno de los presentes?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XX, por Francisco Flores García.—La misa del gallo, por Juan Pérez Zufiiga.—Cosas, por Antonio Peña y Goñi.—Recuerdo, por Simón Delgado.—Gatomaquia, por Alberto Casañal Shakery.—El padre Jacinto, por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La lotería.—Pascuas, por Cilla.—Chinada, por Escaler.—Anuncios, por Cilla.



Aún no ha nacido el Mesías y ya andan por ahí tocando el tambor simbólico los muchachos alegres. Dentro de un par de horas no podremos trabajar, ni dormir, ni entregarnos a la reflexión honesta, porque todos los chiquillos de la vecindad se habrán desatado en manifestaciones de júbilo para celebrar la Pascua.

No hay medio de impedir estos entusiasmos ruidosos, ni basta toda la energía del mundo para que dejen de tocar la pandereta las niñas del principal, y la zambomba las del tercero, y el tamboril los chicos del cuarto.

—Portera! ¡Por la Virgen Santísima, que se callen esas criaturas!

—¿Está usted loco? ¿Quiere usted que en un día como hoy no alboroten los pobrecitos?

—Es que me duele mucho la cabeza.

—Pues aguántate, que porque esté malo un vecino no vamos a variar las costumbres de toda la vida.

El hecho es que cada casa se convierte en un infierno; y no alborotan sólo los muchachos: las personas adultas se dedican también al regocijo, y veo a la portera con sus cincuenta y seis años haciendo sonar el almirez llena de frenesí, y al portero que descarga terribles porrazos con el mango de los zorros sobre una lata de aceite mineral vacía.

Al verme aparecer en lo alto de la escalera, con ánimo de abandonar aquella casa, el portero y consorte me cierran el paso, diciendo:

—Esta noche es Nochebuena, señorito. Entre usted a beber una copa de cariñena.

—No, muchas gracias.

Y apelo a la fuga. Mas un primo del portero, que es mozo de tahona y tiene la fuerza de una caballería, mal comparado, me coge por el rabillo del pantalón y va a hacerme sentar de golpe en el sofá de la portería gritando:

—¿Que no bebe usted la copa? ¡Vaya si la bebe usted!

—Hombre, no sea usted bruto!—contesto yo agarrándome a una cómoda.

El portero aproxima a mis labios una copa de vino llena hasta los bordes, mientras la portera coloca el almirez cerca de mi oído y produce un repiqueteo horroroso que me ensordece.

Apuro la copa de un solo trago, para librarme de aquellos picaros, y trato de huir; el primo del portero me detiene amenazándome con una pandereta, y rompe a cantar de la manera siguiente:

Tengo de echar una copia
por encima de un puchero,
para que Dios dé salud
al vecino del tercero.

Pun, purrumpún, purrumpún, purrumpún, hacen la pandereta y el almirez y la lata de petróleo.

Al cabo de diez minutos de jaleo, consigo que mis obsequiantes me dejen marchar, y ellos continúan en la portería entregados al regocijo y al cariñena.

Libre de obsequios, busco la paz en un café inmediato, pero no lo consigo. Allí hay diez ó doce familias con cinco ó seis panderetas cada una, que producen un ruido infernal. La esposa canta, el esposo y los niños hacen el coro, y los perros de los parroquianos ladran todos a la vez.

—¿Qué va usted a tomar?—me pregunta a gritos el camarero.

—¡Café!—digo yo colocando las manos a ambos lados de la boca para dominar aquel estrépito.

—¡Con leche?—vuelve a decir el camarero a grandes voces.

—¡Solo!—grito yo desganitándome.

—¿Ha dicho usted qué sí?

—Digo que nooooo!

El camarero, que no me ha oído bien, me sirve el café con leche; de todos modos, yo no me decido a tomarlo. Aquella infernal gritería me vuelve loco, y regreso a mi casa, donde los porteros han armado un escándalo mayúsculo a consecuencia de las libaciones copiosas y frecuentes.

Cuando penetro en el portal, el portero se ocupa en deslomar a la portera con una tranca, y el primo se empeña en defender a la víctima. Ha bajado el vecino del principal a medio vestir, y al pretender interponerse entre los esposos recibe un panderetazo en la espalda.

Yo paso por delante de los combatientes sin ser visto y me refugio en mi habitación murmurando:

—Y a esto llaman Nochebuena! Gracias a que el Mesías no nace más que una vez al año que si llega a nacer cada cuatro ó cinco meses, cualquier día paro yo en España...

Todas estas fiestas populares resultan aborrecibles para los que tenemos costumbres pacíficas y huimos del estrépito.

Si yo fuera rico, tendría una casa en el monte, para refugiarme allí los días de júbilo popular, a imitación de lo que hace un mi amigo misántropo. En cuanto llega el Carnaval ó la Nochebuena, huye al monte salvaje en compañía de un perro, y allí se está, sentado sobre una roca, haciendo consideraciones morales respecto de lo deneznable de la existencia. Si tiene hambre, come, y si no la tiene, no come; cuando quiere dormir, duerme, y cuando no, se pone a limpiar una escopeta con un trapo; algunas veces, por variar, coge un queso de bola y lo raspa, después le pone una peluca y se hace la ilusión de que tiene delante de sí la cabeza de un tío suyo que fué quien le instituyó heredero.

Más de una vez he envidiado a mi amigo, que puede sustraerse a la influencia perniciosa de los regocijos populares, y se ve libre de invitaciones peligrosas, como la del portero de mi casa.

¡Ay! ¡Cuánto echo de menos un montecito!...

Pero si el lector no piensa del mismo modo y ama el bullicio y el turrón duro, tendré que pedir al cielo que la libre de indigestiones y que pase dichoso y feliz la Nochebuena.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS:

XX

Con una idea ligera, más que ligera, sencilla, en la primera cuartilla ponía: ESCENA PRIMERA; y empezaba a dialogar con el mayor ardimiento, sin saber por el momento adónde iría a parar. Doña Inés y don Clemente hablaban de... cualquier cosa; luego Pedro, luego Rosa, y así sucesivamente se iba combinando el plan, y *estaba* en las situaciones sin graves meditaciones y sin verdadero afán...

Más de mil veces me han dicho los escritores sesudos: —No escriba usted tan de prisa, *madure* usted los asuntos, que el día menos pensado le van a dar un disgusto; escribiendo de *ese* modo el caer es casi seguro,

y usted vive de milagro... y van a buscarle el bulto.

Yo, que dócil y modesto las advertencias escucho, puse empeño singular en ser autor *conciencista*, y me di a escribir despacio y a ser minucioso y *pulcro*, sin detenerme a pensar que escribiendo para el vulgo, y el vulgo está en mayoría en el ilustre concurso, se suele resultar pálido cuando se quiere ser culto.

Las resultante de entrambos sistemas se presta a estudio y lleva a una conclusión que confundiera al más dacho. Las obrillas que escribí a escape, sin darme punto de reposo, *resultaron*, es decir, fueron del gusto del apreciable auditorio...

¿quien respeto y saludo.
Algunas dicen siempre:
pero a todas ellas cupo
la desgracia de poner
a los críticos adustos...
y me dieron cada *pallo*
que aún, al recordarlos, sudan.
Las otras, las meditadas
y combinadas con pulso,
dieron ocasión propicia
a los críticos ceñudos
para aplaudir de tal modo
que me dejaron confuso;
pero ¡ay! no debían darme,
y la que más, a lo sumo,
llegaba, por compromiso,
a veinte noches por fuera...

Enfrente de esos sistemas
que aquí analizar procuro,
me paro en firme y exclamo:
—Si en el primero está el leero
(y los *pallos* de la crítica,
que son a veces muy largos
y en el otro los aplausos,
aunque sin *fructo* alguno,
¿cuál es de los dos sistemas
el mejor y el más seguro?
La respuesta es imposible:
eso consiste en el gusto
y hasta en el temperamento
especial de cada uno...

¿Que cómo escribo? Con tinta,
pluma y papel; mas el caso
es que la tinta ha de ser
negra como un desengaño
y la pluma de dos puntos,
el papel muy satinado

Y dividido en cuartillas
todas de un mismo tamaño.
En un cuarto pequeño
establezco mi despacho,
que si es grande, las ideas,
tienen demasiado espacio
y se van los pensamientos
sin que pueda dominarlos.
Desde el punto en que principio
a escribir, hasta que acabo,
parecen una chimenea,
no se me cae el cigarro
de la boca, y se arma una
humareda de mil diablos.
Crabo una idea a un *chillo*
o una escena de *calabro*,
y me pongo en pie y *diciero*
por la estancia a grandes pasos,
y vuelvo a sentarme, y vuelvo
a las *andadas*, y así ando,
hasta que por fin, confuso
y rendido y mareado
como la puerta
de todo escape me largo,
repetiendo de mi suerte,
maldiciendo del teatro,
para recobrar muy pronto
los perdidos entusiasmos.

Volviendo a entrar en el tema
objeto de mi discurso,
buscando una solución
y *atendiendo* al asunto
que me ha *marcado* Sinesio,
yo opino, y aquí concluyo,
que para *vacar* *providio*
y para vivir sin sustos,
no hay cosa como *retener*
lo que ya ha gastado mucho.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

LA MISA DEL GALLO

Doña Narcisca Loma
tiene en su lindo hotel un oratorio
para el cual ha sacado un promontorio
de licencias en Roma.
Y gracias a una de ellas, tuvo *misa*
del gallo en su mansión doña Narcisca
el día veinticuatro del corriente,
é invitó a la función a mucha gente.
Acabada la misa, la señora
de aquella habitación encantadora
nos dió un baile y después una gran cena.
Buena noche nos dió de Nochebuena!
Pero lo más curioso
fué la misa del gallo, celebrada
por un cara manchego, aunque gangoso,
y a tres voces cantada
por un bajo que brama en los salones
(senador vitalicio
dotado de magníficos pulmones),
un tenor en conserva
(coronel de la escala de reserva)
y la propia Narcisca,
que de tiple *sfogato*
cantó el *Gloria* y los *Kiries* de la misa
cual pudiera cantarlos cualquier gata.
Llegó el *Credo*. La ilustre concurrencia
soportaba las voces con paciencia;
pero al tomar un sol agudo y fuerte,
tuvo la cantatriz tan mala suerte
que por culpa del flato
fué y se le atravesó Póncio Pilato
en la parte sudeste del garguero,
lanzando *gallo* tal doña Narcisca,
que en el santo lugar cundió la risa;
se cayó emocionado un candelero,
y hasta un San Agustín, dándose al diablo,
por poco sale huyendo del retablo.

.....
Cuando en pos de la cena y del jolgorio
salí del oratorio,
me dijo la señora que lo rige:
—¿Qué tal le ha parecido?—Y yo la dije:
—¿Quiere usted mi opinión? Pues no la callo.
La *misa* ha resultado una gran misa;
pero lo que es el *gallo*
no se ha quedado atrás, doña Narcisca.

JUAN PÉREZ ZÓNGA.

COSAS

¿Quién es el valiente, capaz de proporcionarme, fuera de la política, un asunto de interés en las actuales circunstancias?

¿De qué voy a hablar cuando los graznidos de la gente política invaden todas las esferas como horrible desafinación y nos condenan al silencio a nosotros, literatos, que tenemos que emudecer cuando la politiquería impera?

Cánovas y Romero por un lado; Silvela y Villaverde por otro. Cartas que van y vienen, llenas de reticencias, rugientes de ira, silbando como víboras la hipocresía o el rencor, revelando a la bestia humana en todo su apogeo.

Un partido que cae en plena madurez, devorado por la fiebre infecciosa del amor propio, y enseña sus llagas y muere como Nana, dejando al descubierto un foco infecto de putrefacción.

Otro partido que se levanta inopinadamente, que se da a luz tras parto prematuro y se ve atropellado, asfixiado por la plaga de pretendientes que lo rodea como repugnante vegetación.

Aquí Ganazo y Maura, allí Cervera y López Domínguez, lo civil contra lo militar, el antagonismo entre los que prometieron cercenar el presupuesto del uniforme y los que tienen que oponerse a tal medida como asunto de honor.

Por todos lados la empleomanía en todo su auge, la ciencia de gobernar el país convertida en la ciencia de repartir destinos, comisiones que vienen de provincias, comités que imploran, caciques que se imponen, la administración hecha cacaña por la cual suben algunos y alcanzan la meta, y bajan otros y se rompen la crisma.

Los periódicos actuando de tiendas en cuyos escaparates brillan los nombres propios de los pretendientes; memoriales vergonzantes, solicitudes de pordioseros que corren por la prensa pidiendo gobiernos y direcciones y se desparraman por ahí como una prostitución de Corte de los Milagros.

El clamor de esa inmensa rebotina envuelve a Madrid en espesa y sucia niebla que nos ciega a todos y nos mancha y nos llena de pringue.

Nosotros los escritores, nosotros los artistas, tenemos un papel en la homérica farsa. Somos los Bernaldo de la gran casa de fieras. ¡Adelante, señoras y señores, entre todo el mundo, vea la colección! ¡La enseñamos de balde! Tú, artista, toca el cornetín; tú, escritor, toca el bombo. ¡Ande el movimiento! ¡En avant la musique!

Los conservadores, divididos en dos bandos, afilan las uñas para el combate. Bayreuth está en la Huerta; el espantable dragón, el gigante Fafner, está encerrado allá, guarda en su seno el apollo del Nibelungo, el oro sagrado del Rhin, mientras Brunhilde yace sumida en profundo sopor, en ardiente lecho de llamas.

¿Quién despertará a la Gran Walkiria? ¿Dónde está Sigfrido? ¿Qué hace? ¡Horror! Sigfrido ha oído el canto del pájaro de la selva; el ave traidora le ha colocado frente a frente del dragón, de Fafner; ha hundido su acero en el corazón del monstruo y le ha arrebatado la joya ideal.

¡Infame pájaro! Todos caen sobre él, todos le maldicen. ¿Por qué ha cantado? ¿Por qué ha sido el guía de Sigfrido? ¿Por qué le ha enseñado el camino de la caverna de Fafner?

Sin él, el mágico anillo estaría aún en el vientre del monstruo defendido por sus terribles fauces. ¡Llorad, hijas del Rhin! ¡Os han robado el oro, los dioses han muerto y la humanidad comienza... para los fusionistas!..

Mirad a Sigfrido solazarse libremente en brazos de Brunhilde. Ya la ha despertado, ya se lanza con ella ebrio de gozo, sediento de amor, por los sugestivos campos del presupuesto.

¡Llorad, llorad, oh ninfas! Regad con vuestras lágrimas la Huerta, abominad del pájaro que, entre los murmullos del bosque, dió el alerta a Sigfrido y produjo la muerte del dragón!

Y preparad con gran sigilo el filtro fatal de Guiruna, que habrá de entoquecer al héroe y hacer que caiga miserablemente, herido por la espalda, a traición.

Entretanto el pájaro felón se ha cortado las alas, se ha desgarrado el pico y se retira al nido natal, donde germinarán tal vez las venganzas del mañana.

Apercibios con tiempo para recibirlo alegremente cuando, ave fénix, renazca de sus cenizas, y decidle hoy lo que dijo Leporello a D.^a Elvira: *Consolatevi: non siete voi, non foste e non sarete ne la prima ne l'ultima...*

El caso es que la odiosa política le hace a uno desvariar. Es el eterno Panamá de las naciones, con la diferencia de que mientras los Reinach se suicidan, los Cottu se entregan, los Cornelius Herz huyen y los Lesseps van a la cárcel, los administradores del Panamá político son irresponsables y gobiernan a su antojo a ese rebaño de accionistas idiotas que se llama un país.

¿Cuán grandes debemos sentirnos nosotros, átomos de la literatura y del arte, soldados de la verdad, al lado de esa cáfila de farsantes que cordialmente nos desprecia!

Si, no hay que forjarse ilusiones: nos tienen relegados a una esfera inferior; dicen que vivimos fuera de la realidad de las cosas.

Y dicen bien; vivimos, en efecto, fuera de la realidad de las cosas de ellos, fuera de las ambiciones, fuera de las miserias, fuera

PASCUAS



«A mi querida tía la felicita en este día con verdadera alegría su sobrina y servidora: Marta.»



—Tenga usted cuidao, prenda, que se la va á caer la tarta.



—Señorito, usted que conoce á D. Ramón de Campoamor podía hacerme un favor muy grande.
—¿Qué es ello?
—Hágame una carta de recomendación para que me hiciera unaa següillas pidiendo el següinaldo, porque el año pasado me las hizo un amigo que es vigilante de consumos y le salieron tres veras cortos...



—¡Chisti!... Hagan ustedes el favó de cayar, que hay aquí uno en capiya.



—Aquí no tendreis sopa de almendra, ¿verdad?
—No, señor.
—Bueno, pues tráete sopa en vino.



—Mamá, yo queria una de esas.
—No, hijo, que muerden.



Los dependientes de La Pompa Sepulcral felicitan á usted las Pascuas.»



—Señorito, una limosna, que ha nacido Dios.
—Eso allá, al padrino.



—Joven, ¿quiere usted que hagamos juntos la colación esta noche?
—¿usted me falta?
—No! Si no lo digo por usted, lo digo por la colación nada más.



Esta noche es Nochebuena y no es noche de dormir...

de las truhanerías de la política, de esa inmensa tumba donde *halla* más quien da más y mejor el *pego*.

Somos los parias de la pluma, los que sentimos las bellezas de la vida ideal y nos acercamos a los ambientes puros, pobres desheredados que respiramos el oxígeno de la verdad, mientras ellos hieden a mentira que ape-tan.

Quien llega entre nosotros, deja algo para siempre. Quien cae de entre ellos, va a la fosa común. En nuestro campo están los fuertes, en el suyo los reblandecidos.

Nosotros tenemos vida propia, porque nuestro hogar es eterno y eterna en él la juventud. Ellos no poseen, fuera de la política, ni aire, ni ambiente, ni hogar. Son como los cantantes retirados: en cuanto se les apaga la voz no hay quien los mire a la cara.

Y lo peor es que pueden con nosotros; lo peor es que ese menegado mundo de medianías y nulidades, donde los pequeños se elevan y bullean, como microbios, devorando al país; ese sanhedrin de todas las lacras, ese pandemónium donde la traición, el dolo, el descaro y las humillaciones, donde la falta absoluta de pudor pasa como moneda corriente, nos devora despiadadamente, nos tiene relegados al papel de Quijotes, se burla de nosotros y nos trata con menosprecio sin igual.

En cierto Congreso de una república americana se levantó un día un diputado y comenzó su discurso así:

—¡Oh, pudor, cúbrete el rostro!

Y otro diputado se levantó iracundo e interrumpió con estas frases al orador:

—Extraño mucho que S. S. tutee al pudor, cuando no lo conoce ni de vista...

¡Y pensar que andando el tiempo quizá tenga uno que solicitar un destino para defender los garbanzos! Con este artículo me hago la cama.

¡Me valga Dios! ¡Qué memoria!

A. PÉREZ Y GAGRI

CARTA



Amigo lector: Figúrate un chino, pero no un chino como otro cualquiera, sino un chino terror de los chinos, como diría un portugués.



Figúrate luego una china, esposa del antedicho chino, la china más esbelta y graciosa de todo el imperio de los chinos.



Figúrate después un chinés hijo del guerrero chino y de la dama china.



Y resultará que te habrás figurado tres chinos justos y cabales, y que el amigo Sinesio paga la chinada. Tuyo,

ESCALER.

RECUERDO

En tal día como hoy, diez años haec, colado por la lluvia hasta la médula y aterido de frío, le esperaba con dalcísimo afán, junto a la reja. Fue mi primera cita, y ya se sabe que la cita mejor es la primera, porque el placer en ella recibido deja en el alma indestructible huella. El rumor de panderos y zambombias se perdía en lejanas callejuelas y lentamente lo envolvía todo la calma silenciosa de la aldea. Un de pronto tras el frío hierro rechinar suavemente la madera y... ¡no gozara tanto si se abriese la puerta de oro de la gloria eterna! Ella asomó un momento, recatada y entre los pliegues de su chal envuelta, temblando de emoción, como si aquel la meta y colmo del delito fuera. No pudimos hablar, fuerza invisible con el deseo me anudó la lengua y el pudor con su dedo misterioso puso el espasmo en la garganta de ella. Pero empujados por extraño impulso, sin intención tal vez, sin darnos cuenta, se juntaron los labios en un beso, ¡primer beso de amor! ¡raudal de néctar! Se cerró bruscamente la ventana, y extático quedé junto a la reja temblando de placer, mientras corría fuego del cielo por el alma entera.

¡Perdonad la herejía! Desde entonces yo llamo a aquella noche Nochebuena, más porque gozo al recordar el beso, que porque el Hijo del Señor naciera.

SINESIO DELGADO.

GATOMAQUIA

(A MI MUY QUERIDO AMIGO RAFAEL CUTANDA)

—Te adoro más cada día, pero de tí desconfío, ¿y si muero? —¿Qué placer más grande puedes tener que morir por una gata? Si me amas y eres valiente, vé a la ventana de enfrente y tráeme una longaniza; te expones únicamente a llevar una paliza. —Todo lo arrostro por tí. —¿Estás decidido? —Sí. —¡Cuánto te voy a querer! —Que nunca cobarde fui quiero hacerte comprender. Tal dijo el gato... y saltó al sitio que le indicó su gata y, sin ser notado, la longaniza robó, huyó con ella al tejado, y libre de la paliza y sin que aquella malvada acción le importara nada... ¡se comió la longaniza en presencia de su amada!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

EL PADRE JACINTO

Vino contratado para el templo de la calle de la Beneficencia, y como no se abría el templo, se fué el páter.

He leído una silueta ó una chuleta del P. Jacinto, interesantísima.

Ya yo había leído algo, aunque poco, referente al reformista clé-rigo y francés, en la grande presse y en la petite presse, y partout referente al P. Jacinto.

Desde sus primeros años en el seminario el joven desconfiaba de sí, de su fuerza de voluntad.

La vista de la mujer le perturbaba. Temía a las tentaciones satánicas y huía hasta de asomarse en las ventanas, cuando éstas daban a vías de mucho tránsito.

Como orador es un orador de fuerza de doce ó catorce caballos. ¡Ah! ¡cómo le perseguían para oír sus pláticas las devotas de París y flotantes!

El P. Jacinto, como la tía Javiara, tuvo imitadores. Pero ninguno consiguió eclipsarle, como nadie consiguió ami-

norar el justo glorioso nombre de la eminente constructora de rosquillas de Fuenlabrada.

Cada día más espantado de sí mismo, de las insinuaciones de la carne y el hueso, ingresó en la orden de Carmelitas descalzas.

Dejó que le cortasen sus hermosos y rizados cabellos, abandonó su nombre de pila y su apellido y desde entonces el P. Loison se llamó apenas Jacinto.

Cambió los mantos de fina seda por la estameña del hábito carmelita y llevó sobre su pecho la tosca cruz negra tallada en el monte Carmelo, como dice un biógrafo.

Pero aún no bastó aquella heroica resolución para evitar la catástrofe.

No digo descalzo, desnudo que hubiera andado por el mundo el P. Jacinto, habría excitado pasiones sencillas y amores desenfrenados.

Las penitentes se disputaban el honor del pecado para que las sanase el P. Jacinto.

Aquella atmósfera tibia, mezclada de incienso y miel d'Anglaterra y violeta, embriagaba a padre y pecadoras.

Y hubo penitente que por fin arrebató al padre.

Las seducciones naturales, el arte, el decorado, la atmósfera, la ocasión... el cuarto de hora del virginal descalzo...

¡Ah! le conocí en Roma, en los salones de una princesa romana y en buena posición.

En Roma, donde estaba recogiendo palmas y oraciones, como en París y como en cuantas plazas predicaba.

Aquella penitente le perturbó, y el P. Jacinto se dejó atropellar, tomando por esposa a la seductora Teoría.

Nadie somos los padres ni los hijos, cuando ellas se proponen humillarnos.

En París trabajaba últimamente en el Circo de Invierno.

—¡Ah!—exclamaba entusiasmada una de nuestras penitentes reformadas de cartel.—¿Conque es tan hermoso?

—Mucho—le respondieron,—sobre todo por la palabra.

—Eso sería lo de menos—replicó magistralmente,—porque yo tengo un loro que habla mejor que mi esposo y no me inspira...

Que no lo traigan, que no lo traigan a Madrid.

Mucho le va a quitar a Guerrita.

EDUARDO DE PALACIO.

CHISMES Y CUENTOS

El Sr. Director administrador de nuestro colega *La Gaceta*, de Barcelona, que se encuentra enfermo, nos suplica hagamos público, para que llegue a conocimiento de sus suscritores y corresponsales, que a esta sola causa obedece la suspensión del citado semanario.

Este reaparecerá dentro de ocho ó quince días y será servido con la acostumbrada puntualidad.

De una malagueña bella
en Málaga me prendé,
y ¡cataplum! me casé
á los dos meses con ella.
Mi porvenir es tristísimo,
pues mi linda desposada
de gueta no tiene nada,
pero de mala machísimo.

JOSÉ MARÍA DOTRES.

Quisiera yo dirigir un ruego al Sr. Director general de Comunicaciones y no sé cómo empezar.

En fin, el caso es que nosotros tenemos un corresponsal en Albacete, al cual remitimos el correspondiente paquete todas las semanas. Pero la gracia es que él no lo recibe siempre que nosotros se lo mandamos...

Digo, no, la gracia no es esa. La gracia es que lo recibe otra persona, ¿lo cual ya es el colmo!

Porque, como comprenderá el Sr. Director, esa persona que lo recibe de vez en cuando lo vende con toda tranquilidad y... no tiene por qué pagárnoslo, puesto que nosotros no se lo remitimos. Y el verdadero corresponsal tampoco tiene por qué pagárnoslo, puesto que él no lo recibe.

De modo que nos divertimos extraordinariamente en jugar al escondite, pero no cobramos la mitad de lo que debíamos. Y yo creo que sería fácil averiguar quién lo entrega á quien no lo debe entregar ó de qué modo lo atrapa quien no debe atraparlos.

Por de pronto, desde hoy lo mandamos fuera de valija, y así sabremos dónde se hacía el chanchullo...

¡Pero es triste tener que apelar á estos extremos!
Sobre todo, teniendo en cuenta que el franqueo cuesta un sentido y que los tiempos están malos...

Los Sres. Derouède y Clemenceau se han batido á pistola.
Un corresponsal telegráfico, dando cuenta de los preparativos del lance, anunció por la mañana:

«El duelo será serio.»
Lo que prueba que hay duelos francamente cómicos, como las piezas en un acto.

Pero el mismo corresponsal telegráfico por la tarde:
«Se ha verificado el lance entre Clemenceau y Derouède. Se han cambiado tres balas á veinticinco pasos y ambos han resultado ilesos.»

Lo celebre machao, para esa prueba que el hombre propone y Dios dispone. Porque esta vez no nos ha salido serio el lance.

«Tendrá mega afición por el picante
la bella Paz Cascante,
que desea casarse, aunque es muy rica,
con un picapedrero... porque picó»

ADOLFO T. FUENTES.

Libros:

Bajo su velo, celebrísima novela de Alfonso Karr, traducida fielmente al castellano. El editor de esta obra ha hecho un verdadero servicio á los aficionados á la buena literatura, poniendo á su alcance esta joya del gran escritor francés. Precio, 3 pesetas.

El loco, juguete cómico en un acto y en verso, original de D. Juan Lorenzo de Urraza y D. Ricardo Carro, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Martín.

El Gobernador de R., novela original de D. Antonio R. López del Arco, que pinta en ella con gran espíritu de observación un cuadro de costumbres modernas, estudiando detenidamente los caracteres y con gran corrección de estilo. Precio, 2 pesetas.

Fuista mayor, novela del distinguido escritor D. Pascual Millán, que al á estas fechas no tuviera bien sentada su reputación de novelista, la alcanzaría con su *Fuista mayor*, justamente elogiada por toda la prensa. Precio, 3,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Guerrita.—Mande usted todo eso nuevamente y firmado. Porque pueden publicarse dos ó tres cosas.

El jorobado de la coperna.—Fuertecito el principio, solo el final, y valgar el conjunto. Eso es lo que me parece.

Pipiripao.—Medianita. Y es de advertir que al verso

«y cantaré en tono varios
le sobra una sílaba.

Sr. D. V. Ch. —Digo lo mismo en lo tocante á la medianita. Y además no se escribe así. Porque ya no es beso si es nada.

Sr. D. J. R. A. —Hacer á estas alturas unos versos *à elle* que no contengan los eternos pipiripos y las eternas vulgaridades, es punto menos que imposible.

Sr. D. B. L. —Y digo á usted exactamente lo mismo, con el aditamento de que no debe uno declarar su pasión en un periódico, sino al oído de la interesada.

Un aspirante á A. G. M.—Ello estará hecho al correr de la pluma, pero sin la menor idea de las sílabas y de los consonantes.

Sr. D. T. R.—Madrid.—Ese contraste de los duelos antiguos y los modernos ha llegado á ser vulgarísimo en fuerza de repetirlo en todos los tonos.

Pepita Pipiripao.—Sí señor, soy yo. Con las hamoraditas haré lo de la otra vez. Reanir todas las aprovechables bajo el mismo título.

Miguel.—El único regular es el tercero, y tiene *la contra* de ser viejecito.

Sr. D. E. de P. B.—Coruña.—Queda hecha la renovación.

Pesadilla.—Se agradece la felicitación, pero ¡qué versos tan malos, compadre!

Sr. D. L. R.—El romance histórico es, además de histórico, un poquito inmoral. Y ¿qué iba á decir la junta de damas devotas que anda por ahí cerrando capillas protestantes? Además, no se puede decir *oscuridad*, porque falta una *d*, y si se dice *oscuridad* sobra una sílaba. De modo que el conflicto es terrible.

Ravachol.—Efectivamente, está usted vengado. Pero ¡ay! es que ya no he visto un décimo de Navidad. Debía usted haberme enviado uno... y ésa sí que hubiera sido venganza!

Sr. D. F. G. R.—Es bastante mediana. Está plagada de asonancias y de versos forzados.

Sr. D. D. C.—Madrid.—De ambos defectos adolece también la de usted, y es lástima, porque no era del todo mala la idea.

Papá Gayo.—En la duda de seguir haciendo versos ó meterse fraile... ¡métese usted fraile!

Puillán.—¿Va conmigo eso? Pues bien, no me gustan ni le pueden gustar á nadie, y dispense usted la franqueza.

Sr. D. M. D. A.—Comprenda usted que el asunto no es interesante, porque el viaje no tiene nada de particular y se parece á todos los viajes. Y el romance es pedestre por añadidura.

Cabezal.—¡Olé por los graciosos!

Sr. D. S. P.—Imposible nos es admitir prosa, porque tenemos tanta que... rebosa.

Boecio.—Siento que no sean publicables. Pero ¡ay! no lo son. Y no por malas, sino por la índole de los asuntos, que son dos vulgaridades.

Pigón.—Es inocente como una doncella tuskara.

Rodaján.—Mire usted, por casualidad hay un verso bien medido, y eso en el álbum de ella puede pasar, porque no se enteraría nadie; pero aquí, francamente...

Sr. D. V. P. R.—Bien imitado el estilo, pero eso mismo resultaría en perjuicio de usted, porque vendría la comparación y... Usted revela condiciones para hacer algo suyo propio.

Sr. D. J. P.—En efecto, ésa no es publicable; pero se ve que el que la ha hecho... sirve para el caso.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Comico, Jesús del Valle, 36



Más vale un frasco de Quina de casa de Palomar que todos los paluquines que se puedan fabricar.
Fuencarral, 24.
Perfumería y droguería.



¡Ved con qué gusto y qué fe la multitud apiñada va acudiendo al Bazar de la Plaza de la Cebada! Y es porque un sabio doctor dice, y dice la verdad, que una cama es el mejor regalo de Navidad.
Número 1.



En vez de turrón y sopa de almendra, que me dan asco, compro un sombrero de copa de M. García Carrasco.
Carretas, 26.



Señores: Es un gatera y otras cosas que me callo quien vaya a misa del gallo sin un traje de Pesquera.
Magdalena, 20.

Biblioteca del MADRID CÓMICO



PÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEZA
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA
por SENSIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
encuadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA
por J. PÉREZ ZÓSTIGA, dibujos de CILLA,
MECACHIS Y GROS.—Precio, 3 pesetas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



Comiendo turrón me como un raigón, y luego Tirso Pérez lo esca de un turrón.
Mayor, 73.



Sin que amenice la cena cognac fino de Moguer no paséis la Nochebuena... ¡porque es echarla a perder!
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.



Me ha tocado el premio gordo y todos somos felices.
¡Lo voy a emplear entero en camisas de Martínez.
San Sebastián, 2.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID



Soy la mujer más feliz de toda la humanidad.
¡Tengo un frasco de Colonia de casa de Palomar!
Droguería y perfumería.
Fuencarral, 24.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado; en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, número derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO



Esta noche es Nochebuena y mañana Navidad... ¡Voy a ver si me emborracho con anís de El Imparcial.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.